



**DESCIFRANDO  
LA GUERRA**

Alejandro López Canorea, Àngel Marrades y Jorge González Márquez

# LA PUGNA POR EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL



**Claves para entender  
la geopolítica  
de las grandes potencias**

  
**ESPASA**

DESCIFRANDO LA GUERRA

ALEJANDRO LÓPEZ CANOREA, ÀNGEL MARRADES  
Y JORGE GONZÁLEZ MÁRQUEZ

LA PUGNA POR EL NUEVO ORDEN  
INTERNACIONAL

Claves para entender la geopolítica  
de las grandes potencias

  
ESPASA

Primera edición: mayo de 2023

© Alejandro López Canorea, 2023

© Àngel Marrades, 2023

© Jorge González Márquez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Gráficos de interior: © Jesús Sanz (jesussanz.com)

Depósito legal: B. 7.229-2023

ISBN: 978-84-670-6975-4

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. ¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ? .....	11
1. UNA NUEVA ERA .....	15
El nuevo orden internacional .....	16
La primera guerra del Golfo .....	19
Ni una pulgada hacia el este .....	25
La caída de la URSS .....	32
La conformación del espacio postsoviético .....	34
<i>La guerra civil de Tayikistán</i> .....	38
<i>Las guerras de Osetia del Sur y Abjasia</i> .....	40
<i>La guerra de Transnistria</i> .....	43
El Tratado de Maastricht .....	45
2. EL MOMENTO UNIPOLAR .....	49
La expansión de la OTAN .....	49
<i>El Memorándum de Budapest</i> .....	51
<i>El Octubre Negro</i> .....	52
«Ningún país puede vetar la expansión de la OTAN» .....	54
Las guerras yugoslavas .....	60
<i>Kosovo y la guerra aérea</i> .....	67
Los Acuerdos de Oslo .....	70
3. LA FÁBRICA DEL MUNDO .....	73
La depresión japonesa .....	74
La crisis asiática .....	77

El incidente de Hainan .....	81
El <i>ascenso pacífico</i> de China .....	85
4. LA LLEGADA DEL NUEVO SIGLO Y LA GUERRA CONTRA EL TERROR .....	93
El concepto de guerra contra el terror .....	95
La invasión de Afganistán .....	99
La guerra de Irak .....	102
<i>El camino hacia la invasión</i> .....	105
<i>La guerra contra el terror en Irak</i> .....	107
<i>El vacío en Oriente Medio</i> .....	112
La guerra global contra el terror .....	114
5. EL RESURGIR RUSO .....	121
Las revoluciones de colores .....	123
La guerra de Georgia .....	126
La distensión de Medvédev y la expansión geoeconómica rusa .....	127
6. LA GRAN RECESIÓN .....	131
La burbuja de las hipotecas <i>subprime</i> .....	134
<i>La crisis bursátil</i> .....	137
La crisis del euro .....	142
7. LA PRIMAVERA ÁRABE .....	149
La revuelta en Túnez .....	151
El levantamiento en Egipto .....	153
El Invierno Árabe: las guerras civiles .....	156
<i>Libia: el estallido de la primera guerra civil</i> .....	157
<i>Siria: la guerra subsidiaria regional</i> .....	162
8. EL AUGE DE LAS POTENCIAS MEDIAS .....	167
El polvorín de Oriente Medio .....	167
<i>Turquía y la cuestión kurda</i> .....	168
<i>Irán, el creciente chií y la guerra de Yemen</i> .....	175
Escalada de tensiones en el Mediterráneo .....	181
Crisis en la Francáfrica .....	189

9.	OLA DE GRANDES CAMBIOS POLÍTICOS .....	193
	Los nuevos nacionalismos y populismos de Europa .....	193
	<i>La construcción de Europa y el eje franco-alemán</i> .....	197
	<i>Tropiezos y éxitos de las nuevas izquierdas en el sur de Europa</i> ..	199
	<i>Renace la Europa de las Naciones</i> .....	202
	<i>Brexit duro, Brexit blando</i> .....	209
	Nuevos liderazgos en Asia .....	211
	<i>Potencias medias en el golfo Pérsico</i> .....	213
	<i>El eterno Recep Tayyip Erdogan</i> .....	215
	<i>Los gigantes desconocidos de Asia meridional: India y Pa-</i> <i>kistán</i> .....	218
	<i>Nuevos líderes en el Indo-Pacífico</i> .....	220
	<i>Japón, el imperio de Shinzō Abe</i> .....	225
10.	LA RUSIA DE VLADÍMIR PUTIN .....	229
	La Ucrania del Maidán .....	230
	Resurgimiento de la Rusia asertiva. ¿El fin del espacio postsoviético? .....	236
	El conflicto de Nagorno-Karabaj .....	241
11.	LOS ESTADOS UNIDOS DE DONALD TRUMP .....	247
	El fenómeno Trump: <i>Make America Great Again</i> .....	247
	¿Una nueva doctrina Monroe para América Latina? .....	249
	¿La salida de Estados Unidos de Oriente Medio? .....	253
	La muerte cerebral de la OTAN .....	261
12.	LA CHINA DE XI JINPING .....	267
	La gran estrategia china para la Nueva Era .....	268
	<i>Los planes de modernización de China</i> .....	274
	El pivote asiático .....	280
	La guerra comercial .....	285
13.	AMÉRICA VUELVE. EL MUNDO HA CAMBIADO .....	291
	El trumpismo ante una insurrección armada en Estados Unidos .....	292
	El colapso de Afganistán .....	299

Oceanía y el AUKUS. Alianzas cruciales en el Indo-Pacífico .....	304
Ucrania o la arquitectura de seguridad de Europa .....	308
EPÍLOGO. ¿HACIA DÓNDE VA EL SIGLO XXI? .....	313
El <i>electroshock</i> de la OTAN .....	314
Oriente Medio: ¿hacia una gran guerra? .....	323
El tablero africano .....	326
Taiwán, el punto caliente del Pacífico .....	330
BIBLIOGRAFÍA .....	339
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	351

# 1

## UNA NUEVA ERA

Nos encontramos hoy en un momento único y extraordinario. La crisis del golfo Pérsico [...] ofrece también una rara oportunidad de avanzar hacia un periodo histórico de cooperación. De estos tiempos difíciles puede surgir [...] un nuevo orden mundial: una nueva era, más libre de la amenaza del terror, más fuerte en la búsqueda de la justicia y más segura en la búsqueda de la paz. [...] Un mundo en el que el imperio de la ley suplante al imperio de la selva. Un mundo en el que las naciones reconozcan la responsabilidad compartida de la libertad y la justicia. Un mundo en el que los fuertes respeten los derechos de los débiles. Esta es la visión que compartí con el presidente [Mijaíl] Gorbachov en Helsinki. [...] La forma en que gestionemos esta crisis hoy podría marcar el futuro de las generaciones venideras.

El 11 de septiembre de 1990, el presidente George H. W. Bush pronunciaba este discurso durante una sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos. Aunque la guerra del Golfo capturaba el núcleo del discurso, es este fragmento el que muestra de manera clara el fondo de la cuestión. El resto de los objetivos que mencionó Bush se encuadran en las demandas a Irak por la invasión de Kuwait; sin embargo, este objetivo marca el *más allá* de esa coyuntura particular. Como revelaba el propio presidente, para los intereses de Estados Unidos esta situación suponía una ventana de oportunidad que se abriría en un momento extraordinario. La Guerra Fría había terminado, el rival soviético se encontraba noqueado y, en el caos que supuso la caída del Muro de Berlín para Europa del Este, Japón entraba en una profunda crisis económica tras su guerra comercial con



Estados Unidos y se adentraba en la década perdida, y China trataba de recuperarse de su mayor crisis política desde 1976: los sucesos de 1989 en Tiananmen.

Estados Unidos, que sufría de una aguda crisis económica de larga onda desde 1973 por la pérdida de competitividad en el mercado mundial frente a Alemania y Japón, encontró en estas circunstancias las condiciones para relanzar la economía y situarse como hegemon global, para ser el gendarme mundial. Las principales instituciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio (OMC), estaban dominadas por Estados Unidos; además, en estos años se generalizó la receta económica conocida como «Consenso de Washington» y la centralidad del dólar en el comercio mundial y el sistema de pagos internacional daban al país norteamericano el enorme poder de las sanciones financieras.

Militarmente, Washington lideraba la mayor alianza, ya que el Pacto de Varsovia estaba en plena descomposición y muchos de los miembros del bloque trataban de unirse a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Como superpotencia única que quedaba tras el final de la Guerra Fría, Estados Unidos podía sentirse tranquilo y disponer de una mayor libertad de acción en los asuntos internacionales para organizar el «nuevo orden mundial», que se convirtió claramente en el principio de la política exterior estadounidense durante la presidencia de George H. W. Bush.

## EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Tras la implosión del bloque oriental que terminó con la Guerra Fría se impuso la distribución del botín. Durante los años noventa, la lucha por ese reparto se desarrolló soterradamente, prevaleciendo la apariencia de unas relaciones internacionales civilizadas, desde el punto de vista de los vencedores tomados en su conjunto. La preeminencia de Estados Unidos dentro del bloque atlantista permitió una reconfiguración pactada del orden internacional, respetando

una serie de consensos, que llevaron principalmente al reparto de áreas de influencia en zonas como los Balcanes. Aunque esto no impidió que se desarrollaran conflictos por delegación, como los que se dieron entre Francia y Estados Unidos en las regiones del Congo y de los Grandes Lagos africanos, que tuvieron como consecuencia el genocidio de Ruanda. Con la creación de nuevas instituciones internacionales y la ampliación de otras se trataba de imponer a todo el planeta el orden de los vencedores suprimiendo las barreras nacionales y todo tipo de trabas políticas y económicas que limitaban la expansión de sus capitales.

El delicado balance de poder que había gobernado hasta entonces las relaciones internacionales desapareció en apenas unos pocos años, a la vez que extendió el alcance y el poder de Estados Unidos en el globo. El orden internacional basado en una serie de reglas, que evitaban una escalada militar nuclear, y esferas de influencia apoyadas en la bipolaridad entre la Unión Soviética y Estados Unidos permitía una certidumbre sobre las tendencias generales. Esto garantizaba cierta estabilidad tanto económica como de seguridad para los países alineados con los bloques de las superpotencias. Aunque suponía la estabilidad de los dominadores y del armamento nuclear, tenía una base histórica e institucional claramente identificable en la Segunda Guerra Mundial, cuya estructura sigue vigente incluso estos días. Era la «paz» de los vencedores de un conflicto bélico que había construido un orden totalmente nuevo, cuyos resultados aún se hacen notar. Una paz construida sobre el relato de la derrota del fascismo por los Aliados, que había frenado una guerra de exterminio racial.

En cambio, con la caída del Muro de Berlín y, con él, de todo el bloque del este, el nuevo orden que se creó no se construyó sobre la capitulación soviética —no hay ninguna derrota militar—, sino mediante un acuerdo bajo el cual Moscú albergaba la esperanza de reintegrarse en Occidente. Es cierto que a imagen del mundo era el triunfo definitivo del capitalismo sobre cualquier otra opción de organización de la sociedad: el «fin de la Historia». Así como la derrota de la única alternativa universal que se le había enfrentado con éxito: el comunismo.

Sin embargo, aquí el bloque atlantista no contaba con el capital moral y político para imponer sus términos sin una negociación, pues la URSS no había sufrido una derrota militar; seguía contando con todos los derechos legales sobre la capitulación incondicional alemana, y sus tropas estacionadas en Alemania Oriental podían permanecer impidiendo la reunificación germana. La desintegración ulterior de la Unión de Repúblicas Soviéticas tampoco fue una capitulación que otorgara derechos a los vencedores —además, a ojos de los rusos se trataba de establecer un nuevo orden del que formaban parte; ellos ya no eran comunistas, sino capitalistas—, aunque sin duda abrió el abanico de opciones a Estados Unidos acelerando la expansión de su influencia en Europa. Todo esto planteaba un conflicto no resuelto, en tanto que Rusia no fuera acomodada en el nuevo concierto europeo, y con ello el problema del revanchismo del perdedor.

De este modo, para implantar su nueva visión del «nuevo orden mundial», como lo llamó Bush padre, la potencia norteamericana tuvo que optar en la era posterior a la Guerra Fría por el intervencionismo. Washington trató, en la medida de lo posible, de apoyarse en las instituciones internacionales o coaliciones durante la década de los noventa, con el objetivo de generar consensos que hicieran más aceptables sus intervenciones. También se reformularon los principios de instituciones como la ONU, debilitándose el principio de no intervención en asuntos internos de otros países sobre otros nuevos como la responsabilidad de proteger (R2P) que justificasen intervenciones militares por crímenes de guerra. De esta forma, el aspecto principal de la política exterior estadounidense tras la Guerra Fría fue asentar ese «nuevo orden mundial», su poder unipolar con el internacionalismo liberal (gobernanza e instituciones globales) como bandera.

El comienzo de la nueva era fue reconocido como una oportunidad sin precedentes para Estados Unidos porque podía redefinir su papel global. En esta era, muchos países, en particular Estados Unidos, necesitaban rediseñar sus códigos geopolíticos y, si podían, los códigos globales. Desde este punto de vista, Washington tuvo que determinar el propósito de su política exterior y reordenar el

mundo de la posguerra fría. En este sentido, es importante señalar que el liderazgo mundial de Estados Unidos es el principal objetivo en el código geopolítico estadounidense. A partir de esta ventana de oportunidad se ha enfocado en tratar de maximizar su hegemonía.

Esto explica muchas de las acciones de Estados Unidos y sus intervenciones en todo el mundo. Este nuevo orden estará definido por este objetivo particular, con el rol de Estados Unidos como principal garante de las normas, estabilidad y conducta en las relaciones internacionales, lo que tendrá consecuencias en la arbitrariedad de dicho poder. Esta época también se caracterizará por la extensión de unos bienes públicos globales, como la libertad de navegación para el comercio o mayor libertad de movimiento para los capitales, facilitando las inversiones a través de un sistema financiero global. Este tipo de atributos tienen la ventaja de facilitar unos estándares internacionales respetados por todos los Estados, pero tiene como consecuencia el sometimiento a un poder que no está sujeto a controles. Por otro lado, no es el resultado de ningún tipo de acuerdo, sino que nace de ese desarrollo histórico, con la muerte del mundo bipolar y la imposición de un nuevo paradigma internacional. La Administración Bush hizo gala de su poder global con la primera guerra contra Irak en 1991, al tiempo que desafiaba a los Estados europeos ampliando las competencias de la OTAN a Europa oriental.

### LA PRIMERA GUERRA DEL GOLFO

En agosto de 1990 Irak invadió Kuwait. El expansionismo iraquí respondió a un intento de solventar la profunda crisis de deuda que sufría el país tras la prolongada guerra con Irán entre 1980 y 1988. Irak había financiado en gran parte la guerra mediante préstamos, con lo que en 1990 Bagdad debía unos 86.000 millones de dólares en deuda externa. Sus principales acreedores eran los países del golfo Pérsico, con quienes la deuda ascendía a 40.000 millones, lo que suponía el 129% de su PIB. Tras diez años de conflicto, Irak era un país en crisis; el elevado coste de la guerra y la caída de los

precios del petróleo habían debilitado la economía de Bagdad, la inflación llegaba al 40% y las reservas de efectivo apenas alcanzaban para cubrir tres meses de importaciones.

El Gobierno de Sadam Husein no podía y tampoco estaba dispuesto a pagar la deuda, pues el motivo de los préstamos no era crediticio. Los países del golfo Pérsico y los socios de Estados Unidos a través del Club de París no prestaron semejante volumen de dinero porque Irak fuera un Estado solvente, sino por motivos políticos: conseguir la derrota de la revolución islámica de los ayatolás de Teherán. Por esta razón, Sadam pensaba que sus aliados debían compensarle por haber derrotado a Irán en nombre de todos los Estados del golfo Pérsico, protegiendo a la región de una extensión de la revolución islámica. Aunque el país estuviera inundado en deuda, era una potencia regional que había sido armada hasta los dientes por Occidente y el golfo Pérsico. Bagdad se disponía a reclamar mediante su Ejército sus servicios por haber luchado la guerra, por lo que pidió a los Emiratos Árabes Unidos (EAU) y a Kuwait que cancelaran la deuda iraquí, argumentando que los préstamos debían considerarse pagos a Irak por proteger la península arábiga del expansionismo persa.

Los Estados del golfo Pérsico no solo se negaron a cancelar las deudas de una guerra que habían financiado en su beneficio, sino que también utilizaron el mercado petrolero en su favor al bajar los precios y dañar severamente la economía iraquí. Durante la guerra, Kuwait no solo pidió a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) que aumentara la producción, sino que mantuvo la suya muy por encima de la cuota obligatoria de la misma OPEP. Entre 1985 y 1989, Irak perdió 14.000 millones de dólares al año debido a la estrategia del emirato en materia de precios del petróleo. La negativa de Kuwait a reducir su producción de petróleo fue considerada por Irak como un acto de agresión contra su país.

En 1990, Sadam Husein respondió reavivando la disputa territorial que mantenía con su rico, pero militarmente débil, vecino por el control de las islas de Warbah y Bubiyan. A pesar de los intentos por negociar un acuerdo por parte de Arabia Saudí y Egipto, Irak no obtuvo las garantías suficientes de Kuwait sobre los límites

territoriales ni sobre la política petrolera que estaba socavando la economía iraquí. En la reunión de la OPEP del 27 de julio solo se consiguió acordar un precio de 21 dólares el barril, aumentado de los 18 anteriores, un precio razonable para los saudíes que no disparara la inflación occidental, pero lejos de los 25 que buscaba Irak.

De esta forma, Sadam veía la invasión de Kuwait como la única salida para mantener a flote su Gobierno. Con este golpe buscaba incorporar la inmensa riqueza petrolera de Kuwait, lo que le permitiría adquirir una posición negociadora ventajosa en el mercado al poseer un quinto de toda la producción petrolera del mundo, condonar una parte importante de su deuda —debía 14.000 millones de dólares a Kuwait— y situar una amenaza militar clara sobre otros países del golfo Pérsico, especialmente sobre Arabia Saudí, para obligarlos a aceptar sus demandas. Antes de la invasión, el 25 de julio, Sadam mantuvo una conversación con la embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, para aclarar la posición de Washington en la disputa. Algunos fragmentos son bastante reveladores. Estas son algunas de las declaraciones de Sadam Husein explicando la situación:

He leído las declaraciones americanas que hablan de amigos en la zona [de Oriente Medio]. Por supuesto, todo el mundo tiene derecho a elegir a sus amigos. No podemos poner objeciones. Pero saben que no fueron ustedes quienes protegieron a sus amigos [del golfo Pérsico] durante la guerra con Irán. Os aseguro que si los iraníes hubieran invadido la región, las tropas estadounidenses no les habrían detenido, salvo con el uso de armas nucleares. No los menosprecio. Pero sostengo esta opinión teniendo en cuenta la geografía y la naturaleza de la sociedad estadounidense. La suya es una sociedad que no puede aceptar diez mil muertos en una batalla.

Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos han estado al frente de esta política destinada a dañar la posición de Irak y a privar a su pueblo de aumentar su nivel económico. Además, mientras estábamos ocupados en la guerra, el Estado de Kuwait empezó a expandirse a costa de nuestro territorio. ¿Es esta la recompensa de Irak por su papel en asegurar la estabilidad de la región y por protegerla? No es razonable pedir a nuestro pueblo que sangre durante ocho años y luego

decirle: «Ahora tenéis que aceptar la agresión de Kuwait, de los Emiratos Árabes Unidos, de Estados Unidos o de Israel». Les dije a los reyes y presidentes árabes que algunos hermanos están librando una guerra económica contra nosotros. Y que no todas las guerras utilizan armas y que consideramos este tipo de guerra como una acción militar contra nosotros.

Porque si se rebaja la capacidad de nuestro Ejército, entonces, si Irán reanuda la guerra, podría lograr objetivos que antes no podía alcanzar. Y si bajamos el nivel de nuestras defensas, entonces esto podría animar a Israel a atacarnos. Dije eso ante los reyes y presidentes árabes, solo que no mencioné a Kuwait ni a los Emiratos Árabes Unidos por su nombre, porque eran mis invitados.

Sadam Husein buscaba con esta reunión alcanzar un entendimiento con Estados Unidos, para, en caso de no conseguir alcanzar un acuerdo con Kuwait, asegurar su neutralidad en el conflicto. La embajadora estadounidense no estableció ninguna línea roja y expresó el deseo de que se alcanzara un convenio y mejorar las relaciones con Irak. E hizo una declaración crucial: «Admiro sus extraordinarios esfuerzos por reconstruir su país. Sé que necesitan fondos. Lo entendemos, y nuestra opinión es que deberían tener la oportunidad de reconstruir su país. Pero no tenemos opinión sobre los conflictos árabe-árabes, como su desacuerdo fronterizo con Kuwait. Lo único que esperamos es que estas cuestiones se resuelvan rápidamente». Aunque estas palabras no pueden entenderse como una luz verde para la invasión, sí que puede decirse que sirvieron para que los iraquíes interpretaran que los estadounidenses no intervendrían militarmente.

La acusación a Kuwait de robar petróleo del yacimiento de Rumaila, situado en la frontera, y de incumplir las cuotas de producción de la OPEP fueron el pretexto para la guerra, lanzada el 2 de agosto. Irak se hizo rápidamente con el control del territorio y se anexionó Kuwait el 28 de agosto. Arabia Saudí, que hasta entonces había sido recelosa de permitir la presencia de tropas estadounidenses en la península arábiga, consintió su despliegue como disuasión ante un eventual ataque iraquí. Quienes durante años habían sido

los principales instigadores de la guerra entre Irak e Irán, y habían empujado a Bagdad a tomar acciones extraordinarias para poder mantener su posición de potencia en la región, ahora pasaban a denunciar al Gobierno de Sadam. La Administración Bush cambió su discurso; ahora el conflicto ponía en peligro los intereses vitales de Estados Unidos en la región, y advertía: «Nuestros objetivos en el golfo Pérsico son claros: la seguridad y la estabilidad [...] deben estar garantizadas. Los intereses económicos vitales también están en peligro. No podemos permitir que un recurso tan vital sea dominado por alguien tan despiadado. Y no lo haremos».

Entre agosto de 1990 y enero de 1991, Estados Unidos y su coalición internacional ofrecieron concesiones económicas y territoriales en las negociaciones, pero fue insuficiente. Sadam quería una solución política, pero solo una que le permitiera conservar los frutos financieros y económicos de su agresión. Una retirada incondicional, o incluso una retirada con una fórmula para salvar las apariencias que no implicara la retención de los beneficios financieros y económicos de la invasión, era totalmente inaceptable, porque no habría solucionado los difíciles problemas económicos que llevaron a Sadam a Kuwait. Bagdad solo habría aceptado retirarse si la coalición internacional hubiera admitido la completa satelización de Kuwait por Irak. Dicha coalición consiguió el consentimiento de la ONU, donde los soviéticos aceptaron dar su aprobación.

La cumbre de Helsinki entre Gorbachov y Bush en septiembre de 1990 fue fundamental para este acuerdo; la cooperación soviética formaba parte de la nueva estrategia para forjar una relación cercana con los estadounidenses. Esta época unipolar estuvo marcada por la colusión y el acuerdo entre las grandes potencias. El Consejo de Seguridad de la ONU, con el voto en contra de Cuba y Yemen, aprobó el uso de la fuerza contra Irak si antes del 15 de enero de 1991 no se retiraba de Kuwait.

Sin embargo, había una importante oposición a la intervención estadounidense, por lo que fue necesaria una campaña para crear una opinión pública favorable a la guerra. La propaganda de guerra se concentró en fabricar historias sobre los horrores de la ocupación iraquí de Kuwait. La que más impacto tuvo fue el testimonio de una



niña de quince años que se hacía llamar Nayirah, que contó que los soldados iraquíes habían matado a bebés durante la ocupación sacándolos de las incubadoras. La historia tuvo un enorme impacto y fue ampliamente difundida en los medios estadounidenses, pero en realidad Nayirah era la hija del embajador kuwaití en Washington, y su testimonio ante el Congreso era totalmente falso. En vísperas de la intervención, el apoyo se situaba en el 75%. Por su parte, Bush, como presidente de guerra, esperaba ganar la reelección en 1992, pero el apagón informativo que impuso el Gobierno sobre el conflicto resultó en un fracaso para la campaña de comunicación.

El 16 de enero de 1991, tras expirar el ultimátum de la coalición internacional, comenzó el asalto terrestre. La guerra duró cuatro meses y expulsó a Irak del emirato de Kuwait. Las tropas de la coalición no intervinieron en suelo iraquí, sobre el que no tenían mandato de la ONU, aunque sí atacaron territorio iraquí. El intento de Sadam de atraer las simpatías del mundo árabe atacando con misiles a Israel no fue suficiente. En su lugar comenzó una colaboración tácita entre Israel y los miembros árabes de la coalición antiiraquí durante el conflicto: el primero mantuvo el perfil más bajo posible, absteniéndose incluso de tomar represalias contra los ataques con misiles de Irak, mientras que los segundos pusieron de relieve la vacuidad de las pretensiones palestinas de Sadam y participaron en las operaciones bélicas contra Irak. Con la derrota, la coalición internacional impuso a Bagdad sanciones y el pago de reparaciones por daños de guerra, que ascendieron a 52.000 millones de dólares, junto a la obligación de devolver los bienes robados a Kuwait.

El éxito de la acción bélica confirmaba el «nuevo orden mundial». Estados Unidos había impuesto la férrea *pax americana* en la región y se situaba como la única superpotencia restante para imponer su hegemonía sobre el golfo Pérsico y el mundo árabe en su conjunto. Durante años las grandes potencias habían armado a Sadam Husein contra la República Islámica de Irán, pero ahora que habían cambiado los intereses de estas potencias en Oriente Medio, e Irán ya no era su preocupación, todas las potencias se aliaron para limitar la capacidad militar ofensiva de Irak y destruir su economía. El acto de agresión de Bagdad contra una nación soberana no fue el

resultado de la locura irredentista de Sadam, como se intentó vender en la prensa, sino la consecuencia de una guerra económica que devastó la economía iraquí y de haber armado conscientemente a la república baazista.

### NI UNA PULGADA HACIA EL ESTE

Al igual que en Oriente Medio, en Europa también estaba naciendo un nuevo orden internacional. El año 1989 estuvo marcado por numerosos terremotos políticos en Europa del Este y el comienzo de un periodo de transición geopolítica, o un interregno, que continuó hasta el colapso de la Unión Soviética en 1991. Con la caída de esta superpotencia, las relaciones este-oeste entraron en una nueva fase y la política mundial pasó al sistema unipolar desde el sistema bipolar de la época de la Guerra Fría, ya que Estados Unidos seguía vigente como única superpotencia mundial.

Desde la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), en 1975, Europa había tratado de definir una nueva estructura de seguridad común. Pero sería la crisis política y económica del bloque oriental lo que terminaría con la estructura bipolar que había dominado el continente. Además, el papel no le correspondería a la OSCE u otro tipo de organización paneuropea, sino que sería la OTAN la que tomaría el mando. Desde 1985 la clase política soviética había optado por la política de la *perestroika*, buscando una reforma acelerada para deshacerse de los restos del tipo de propiedad socialista de acuerdo con sus intereses. El entonces líder soviético Gorbachov también había comenzado una reforma política, la *glásnost*, que daba legitimidad a la reforma económica.

La cuestión central es que la profunda crisis dentro del bloque del este, unida a los intentos de reforma soviéticos, llevó a Moscú en julio de 1989 a renunciar a intervenir en las crisis nacionales de los países del Pacto de Varsovia. Gorbachov declaró: «Toda injerencia en los asuntos internos y todo intento de restringir la soberanía de los Estados —amigos, aliados o cualesquiera otros— son inadmissi-

bles». Estas palabras terminaron por desencadenar un efecto dominó. Por un lado, los países más críticos con Moscú, y en un proceso de cambio de su dirección política —Polonia, Hungría y Checoslovaquia—, vieron la oportunidad de dar pasos decisivos y romper con el bloque oriental acercándose a Occidente. Por otro lado, los Gobiernos favorables a sostener el Pacto de Varsovia, pero críticos con Gorbachov —como Rumanía, Alemania Oriental y Bulgaria—, perdieron un importante capital político: sin el apoyo soviético vieron su posición seriamente debilitada.

Moscú, que trataba de llegar a algún acuerdo con Occidente sobre la futura estructura de seguridad para Europa, y en el proceso de deshielo de las relaciones con Washington, llegó a proponer las disoluciones de la OTAN y del Pacto de Varsovia: «Liberemos a nuestros aliados. Mientras exista la OTAN, también existirá el Pacto de Varsovia», le dijo el ministro de Exteriores soviético a su homólogo estadounidense. Los soviéticos necesitaban terminar con la Guerra Fría para conseguir llevar a cabo la reforma, y buscaban además la ayuda económica occidental en este proceso de integración. Los franceses también promovieron ideas similares, como la de fusionar el Pacto de Varsovia y la OTAN en un sistema paneuropeo más amplio. Los estadounidenses, por el contrario, no opinaban igual: la debilidad de la URSS podría ser explotada para fomentar a los elementos más críticos con Moscú. Por supuesto, no estaban dispuestos a apartarse y renunciar a su papel predominante en Europa, cuya herramienta por excelencia era la OTAN.

La crisis en Europa oriental tomó una nueva dimensión con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, momento en el cual se puso sobre la mesa la reunificación alemana. En los demás países del Pacto de Varsovia la retirada de las tropas soviéticas no fue un obstáculo, eran países soberanos y la nueva doctrina del Kremlin respetó estas peticiones cuando se dieron. Sin embargo, en la República Democrática Alemana (RDA), la Unión Soviética, en particular, retenía los derechos legales para mantener sus tropas desplegadas sobre el territorio de Alemania Oriental; y los Aliados en su conjunto, sobre la soberanía nacional alemana, debido a la rendición incondicional de la Alemania nazi y los pactos de posguerra, por lo

que la posibilidad de la reunificación pasaba necesariamente por algún tipo de acuerdo entre las cuatro grandes potencias vencedoras.

Esto, a su vez, tenía implicaciones geopolíticas de mayor alcance, pues, en primer lugar, la expansión de la OTAN con una Alemania unificada planteaba la posibilidad de que continuara avanzando hasta la frontera de la URSS, poniendo en peligro los intereses vitales soviéticos. Segundo: Washington no podía plantearse una expansión de la OTAN hacia los países del Pacto de Varsovia —Polonia, Hungría y Checoslovaquia crearían el grupo de Visegrado para presionar a Occidente para que les admitieran en la OTAN y en la Comunidad Económica Europea (CEE)— sin resolver antes la cuestión alemana porque la propia geografía hacía insostenible un despliegue militar con los soviéticos estacionados en Centroeuropa. Tercero: una Alemania unificada cambiaba el equilibrio de posguerra en Europa, pues suponía revertir uno de los principales resultados de la guerra mundial y, como tal, preocupaba a ciertos países —como Polonia, cuya frontera con la RDA no era reconocida por la República Federal Alemana (RFA)—. Cuarto: a Estados Unidos le preocupaba que los soviéticos y los alemanes alcanzaran algún tipo de acuerdo por el que a cambio de la reunificación la nueva Alemania abandonase la OTAN o socavase de algún modo a la Alianza Atlántica.

Al mismo tiempo, los occidentales querían conseguir un acuerdo que no debilitara la posición de Gorbachov dentro de la URSS, pues la oposición de línea dura en el partido podría echar por tierra todos los avances. Por esto mismo varios países del Pacto de Varsovia se mantuvieron en la organización, aunque *de facto* no era funcional. Por su parte, los soviéticos estaban interesados en conseguir algún tipo de acuerdo porque necesitaban las líneas de crédito occidentales para resolver su profunda crisis económica y evitar un desastre. También porque la situación era insostenible en la RDA, tanto por el propio Gobierno, que era totalmente inoperante, como por la situación de las tropas allí desplegadas. Por último, debido al objetivo general de la Unión Soviética de alcanzar algún tipo de acuerdo que cambiase el panorama geopolítico europeo con una nueva estructura de seguridad conjunta que abriera la puerta a un

consenso en la gobernanza global. Especialmente, querían evitar cualquier expansión de la OTAN hacia el bloque del este.

El canciller de la RFA, Helmut Kohl, de los conservadores (CDU), se dio cuenta rápidamente de que la situación estaba muy madura, no necesitaba pactar un reparto de poder en una confederación, podía lograr la reunificación y recoger el capital político para ganar las elecciones federales de 1990. Algunos diplomáticos alemanes advirtieron de que la grave situación económica de la URSS les daba una ventaja, y propusieron simplemente «comprar la unificación, sin necesidad de hacer concesiones en el campo de la política de seguridad». Se trataba de aprovechar la debilidad económica de los soviéticos. El núcleo de la estrategia sería utilizar los incentivos financieros y económicos que podía ofrecer Bonn, en detrimento de las concesiones en materia de seguridad. Kohl también utilizó las elecciones en la RDA para promover a sus aliados y acelerar la unificación. Aunque no figuraba en ninguna papeleta ni era ciudadano del país, participó activamente en la campaña electoral. En marzo de 1990, la Alianza por Alemania obtuvo el 48% de los votos y formó un nuevo Gobierno con un claro objetivo: la unificación.

No obstante, Gorbachov, aunque necesitaba el dinero, sabía que también tenía algunas ventajas en la negociación y quería impedir a toda costa una expansión de la OTAN. Por un lado, la opinión pública alemana era contraria al estacionamiento del arsenal nuclear, lo que daba una baza a los soviéticos en la propuesta de desnuclearización. Por otro lado, a medida que avanzaban las conversaciones, lo más urgente para Kohl era alcanzar un acuerdo si quería completar la unificación y sumar a los votantes de Alemania Oriental para las elecciones federales, que estaban previstas para diciembre de 1990, así que necesitaba unificar el país antes de principios de octubre. Esto significaba que todos los obstáculos extranjeros a la unidad debían desaparecer en septiembre, un plazo que requería la cooperación soviética y, por tanto, daba a Moscú una ventaja; a lo que debía sumarse la presión de sus socios de gobierno, los liberales, que sostenían la mayoría de Kohl y estaban más dispuestos a realizar concesiones en materia de seguridad. Kohl planteó por esta razón pro-

puestas como la de integrar a Alemania en la OTAN siguiendo el modelo francés, la prohibición de que tropas o estructuras militares se desplazaran a territorio alemán oriental y que la OTAN no pudiera ampliarse al territorio de la RDA.

Estados Unidos rechazó todas estas ideas y en la Casa Blanca establecieron dos líneas rojas. En primer lugar, y como prioridad absoluta, Alemania debía permanecer en la OTAN. En segundo lugar, no se debía establecer «ningún compromiso entre la unificación y la desnuclearización de Alemania». Los estadounidenses solo darían su apoyo a un nuevo orden que reforzara su posición. La capacidad de la OTAN para extender el artículo 5 a toda Alemania no debía producirse a costa de tener que trasladar las armas nucleares fuera del país. En palabras del presidente Bush, «nosotros prevalecimos y ellos no; no podemos permitir que los soviéticos nos arranquen la victoria de las fauces de la derrota».

Para cubrirse las espaldas los norteamericanos buscaron que Kohl se implicara en «no permitir que el indispensable papel de Alemania en la OTAN se viera debilitado en modo alguno», adquiriera «el compromiso fundamental de la RFA con la plena integración en la OTAN, incluidas sus estructuras militares» y consintiera «la presencia continuada de armas nucleares norteamericanas en suelo alemán». Estas promesas eran absolutamente esenciales, pues, aunque Kohl era un firme atlantista, temían que los liberales al frente de Exteriores le forzaran a hacer mayores concesiones a los soviéticos en las negociaciones.

Estados Unidos veía con especial preocupación un acuerdo en el que Alemania permaneciera en la OTAN según el modelo francés. París no participaba en los grandes procesos de planificación ni ponía fuerzas a disposición de forma rutinaria, e insistía en que la toma de decisiones sobre las armas nucleares debía permanecer en manos nacionales. Peor aún: París hacía tiempo que había obligado a las tropas norteamericanas a abandonar el territorio francés. Este no era un modelo que Bush aceptara para Alemania, que era completamente inasumible porque «se perderían los principales activos —las tropas y las armas— que han hecho de Estados Unidos una potencia europea de posguerra».

Este era el tipo de concesiones que en un primer momento buscaron obtener los soviéticos. En un primer documento plantearon a Alemania Occidental la hipótesis de que la unificación exigía abandonar tanto la CEE como la OTAN. Como alternativa los soviéticos proponían una «Confederación Alemana», para lo cual la condición mínima era que no hubiera «en absoluto ninguna presencia nuclear extranjera en suelo alemán». Los soviéticos también trataron de convertir las relaciones bilaterales entre Bonn y Moscú en el foro para decidir el futuro de Alemania. En las negociaciones con los estadounidenses, Gorbachov insistió en que era «necesario asegurar a los soviéticos que la OTAN no extendería su cobertura territorial a la zona de la RDA ni a ningún otro lugar de Europa oriental». En otros términos, la «URSS podría estar dispuesta a aceptar una Alemania unificada dentro de la OTAN si se retiran de suelo alemán todas las armas nucleares terrestres».

Para tratar de calmar a los soviéticos el secretario de Estado estadounidense planteó una concesión hipotética, preguntando si «podría haber un resultado que garantizase que no habría fuerzas de la OTAN en la parte oriental de Alemania. De hecho, podría haber una prohibición absoluta al respecto». La propuesta consistía en una Alemania unificada anclada en una OTAN cuya jurisdicción no se moviera hacia el este. Se planteaba así: «¿Preferiría ver una Alemania unificada fuera de la OTAN, independiente y sin fuerzas estadounidenses, o preferiría que una Alemania unificada estuviera vinculada a la OTAN, con garantías de que la jurisdicción de la OTAN no se desplazaría ni un centímetro hacia el este de su posición actual?». Se temía que una Alemania independiente y unificada no tardara en buscar ser una potencia nuclear, planteando de nuevo los dilemas de la «cuestión alemana», por lo que si la OTAN se comprometía a «no moverse ni una pulgada hacia el este», el líder soviético se mostraría satisfecho.

Durante la cumbre de la OTAN de julio de 1990 el secretario general dijo, para intentar calmar a los críticos de Gorbachov en el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), que «el mero hecho» de que la Alianza estuviera dispuesta a «no desplegar tropas de la OTAN más allá del territorio de la República

Federal ofrece a la Unión Soviética firmes garantías de seguridad». En las negociaciones finales, Gorbachov, a medida que la situación empeoraba a pasos agigantados dentro del país, terminó cediendo en aspectos fundamentales, negándose a seguir el consejo de sus propios asesores. Por un lado, aceptó seguir el principio de Helsinki: Alemania «decidiría por sí misma a qué alianza pertenecería». Estados Unidos lo aceptó, pues dependería del Gobierno, no del electorado, y tenían asegurado el compromiso del canciller Kohl. Por otro lado, el líder soviético se sintió más atraído por las promesas de apoyo financiero y económico de Alemania Occidental que por la estrategia de mano dura: la RFA se comprometió a pagar 12.000 millones de marcos en concepto de «gastos de estacionamiento» de las tropas soviéticas, además de 3.000 millones de marcos en créditos sin intereses. También se permitiría a los soldados soviéticos canjear sus ahorros por marcos alemanes a un tipo de cambio muy favorable.

Finalmente, el documento reflejaba que no se emplazarían armas nucleares y solo habría tropas alemanas en el este de Alemania tras la retirada soviética, que se daría en 1994. Pero los aliados de la RFA no estaban satisfechos: el acuerdo limitaba la capacidad de la OTAN de desplegarse más allá de la línea de la Guerra Fría. Los ministros de Exteriores alemán y soviético llegaron a un acuerdo oral de que, tras la retirada soviética, aunque las tropas extranjeras de la OTAN no podían estacionar ni desplegarse permanentemente en Alemania oriental, sí podían, sin embargo, a discreción del Gobierno alemán, cruzar la línea de la Guerra Fría. Washington no aceptó que fuera un acuerdo oral, ellos mismos no respetarían las garantías de seguridad transmitidas a Moscú oralmente, hacía falta un acuerdo escrito. Se decidió que se añadiría un *addendum* al tratado mediante el cual las fuerzas extranjeras de la OTAN podrían cruzar la línea de la Guerra Fría a discreción del Ejecutivo alemán. El objetivo era que «si Polonia se incorporaba finalmente a la OTAN en un segundo paso, queríamos que las fuerzas norteamericanas pudieran cruzar Alemania Oriental de camino a ser estacionadas en Polonia».

Con la firma del Tratado Dos más Cuatro, el 3 de octubre de 1990, Alemania pudo unificarse; la plena jurisdicción legal de la OTAN, incluida la garantía del artículo 5, se extendió inmediata-



mente para cubrir todo el territorio alemán oriental. La Alianza había iniciado su expansión hacia el este tras la Guerra Fría. En diciembre de 1990, tanto Kohl como Gorbachov gozaron de elogios públicos; Kohl obtuvo una rotunda victoria en las elecciones de la nueva Alemania unificada y el líder soviético recibió el premio Nobel de la Paz. En la URSS, sin embargo, el rencor era profundo. Gorbachov recibió muchas cartas sarcásticas de felicitación de ciudadanos soviéticos, diciendo lo impresionante que era ganar un premio por reducir a la URSS a un Estado mendigo.

### LA CAÍDA DE LA URSS

En la Unión Soviética, el resentimiento por el acuerdo crecía: Gorbachov estaba «vendiendo la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial por marcos alemanes». Durante las negociaciones, altos cargos del Ministerio de Exteriores y de los aparatos de seguridad nacional se habían opuesto abiertamente tanto a la estrategia como a las cesiones en materia de seguridad. El diplomático soviético Valentin Falin y el mariscal Sergei Akhromeev, asesor de seguridad de Gorbachov, se enfadaron visiblemente, llevando, según los negociadores occidentales, «prácticamente una rebelión abierta contra el líder soviético» en su labor de oposición. Akhromeev terminó dando su apoyo a los líderes del intento de golpe de Estado de 1991 y, cuando fracasó, se quitó la vida. El ministro de Exteriores soviético estuvo a punto de dimitir ante las tensiones con los militares.

Mientras en casa la situación no era mejor, en noviembre de 1990 un hombre intentó matar a Gorbachov con un rifle de caza durante el desfile del Día de la Revolución de Octubre en la Plaza Roja. Políticamente, Gorbachov se enfrentaba por un lado a la línea dura del Partido, opuesta a sus reformas políticas, y por el otro a los intereses particulares de las repúblicas. El más grave de estos casos era el de la propia Rusia, por su peso e importancia. Allí, Boris Yeltsin, representante de los intereses particulares de la burguesía rusa, se había hecho popular en Moscú criticando el deterioro de las condiciones de vida, con un tono nacionalista que hacía énfasis en la

soberanía de Rusia y en la necesidad de renegociar la relación con el resto de las repúblicas constituyentes de la Unión Soviética. De esta forma explotó los sentimientos nacionalistas apuntando a que Rusia subsidiaba al resto de repúblicas y que, a su modo de ver, necesitaba «quitarse cierto peso».

En mayo de 1990, Yeltsin fue elegido presidente del Soviet Supremo de la república soviética de Rusia, a pesar de la oposición de Gorbachov. En junio adoptó una declaración de soberanía y en julio abandonó públicamente el PCUS. En las primeras elecciones presidenciales de la república soviética rusa, de junio de 1991, derrotó por amplio margen al candidato de Gorbachov.

La línea dura del Partido y los militares veían a Gorbachov incapaz de mantener unida a la URSS. Tampoco estaban de acuerdo con sus intentos de convertirla en una confederación de estados soberanos, con lo que, en agosto de 1991, antes de la firma del Nuevo Tratado de la Unión, lanzaron el golpe de Estado. Los golpistas consiguieron poner a Gorbachov bajo arresto domiciliario en su residencia de vacaciones de Crimea. En cambio, en Moscú, Yeltsin se puso al frente de una movilización en contra del golpe y se subió a un tanque ondeando la bandera rusa. En pocos días el golpe había sido derrotado, con tan solo tres muertos, y la situación política había cambiado drásticamente.

Gorbachov, aunque restaurado en su cargo, era un cascarón vacío, pero Yeltsin había instrumentalizado el golpe para privarle de todo poder; ahora los resortes del Estado soviético respondían ante Yeltsin, que había lanzado su propio contragolpe. En noviembre decretó la prohibición de actividades del PCUS en el territorio ruso. Como dijo Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional de Bush, «la Unión Soviética se está desintegrando casi por completo porque es la forma en que Yeltsin puede deshacerse de Gorbachov, convirtiéndolo en el líder de una entidad política que ya no existe».

El golpe tuvo el efecto contrario a su objetivo: acabó con la poca autoridad central que le quedaba a la URSS, provocando un efecto cascada que aceleró los movimientos secesionistas en toda la Unión Soviética. Antes de agosto de 1991, solo Lituania y Georgia habían anunciado su independencia; después, nueve repúblicas más

siguieron su ejemplo, incluida Ucrania. Esto supuso el fin de la URSS, pues Yeltsin no tenía ningún interés en pertenecer a una Unión sin Ucrania; como había explicado a Bush, «eso cambiaría drásticamente el equilibrio en la Unión entre naciones eslavas e islámicas». Además, Rusia no estaba interesada en una unión política con el resto de las repúblicas, no quería continuar «subvencionándolas». Aunque Yeltsin había tratado de negociar algún tipo de nueva unión con Ucrania, tras el referéndum de independencia del 1 de diciembre de 1991 el líder ruso estaba más interesado en trabajar con el nuevo presidente ucraniano para terminar con la autoridad de Gorbachov.

El 8 de diciembre de 1991, Yeltsin reunió a los jefes de Estado de las tres repúblicas fundadoras de la Unión Soviética —Rusia, Bielorrusia y Ucrania—, con quienes firmó el Acuerdo de Belavezha, por el cual se decretaba la disolución de la Unión Soviética. El resto de repúblicas no fueron consultadas en la decisión. Por su parte, Rusia se convirtió en el Estado sucesor de la URSS en la ONU y también asumió toda la deuda soviética, 65.000 millones de dólares. Moscú, preocupada por que Washington pudiera cortar los envíos de grano si no pagaba la antigua deuda soviética, y en un intento de mejorar las relaciones con Occidente, también asumió parte de la responsabilidad de la deuda de la época zarista que habían repudiado los bolcheviques con la Revolución de Octubre.

### LA CONFORMACIÓN DEL ESPACIO POSTSOVIÉTICO

La caída de la Unión Soviética es, sin lugar a dudas, uno de los eventos más importantes de finales del siglo xx. Tras su disolución, la evolución del espacio soviético, o postsoviético, fue dominada por una serie de dinámicas que marcarían los años anteriores a la llegada del nuevo siglo.

Con el concepto del espacio postsoviético se habla de una superficie de 22,4 millones de kilómetros cuadrados, dentro de la cual se encontraban quince países internacionalmente reconocidos y cuatro territorios independientes *de facto*. El elevado número de en-

tidades políticas independientes hace que, a menudo, este espacio sea subdividido en varios grupos menores, con características más o menos comunes. Sin embargo, la mayoría de las divisiones que se podrían hacer tienen cierta connotación política o geopolítica.

Volviendo a la firma del Tratado de Belavezha en diciembre de 1991, cabe señalar que no solo se disolvía la Unión Soviética, sino que también se daba lugar a la creación de una nueva organización internacional, la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Esta organización buscaría crear una nueva cooperación «llevada a cabo sobre la base del principio de igualdad de derechos a través de instituciones coordinadoras formadas en pie de igualdad y actuando de acuerdo con el orden determinado por los convenios entre los miembros de la Comunidad que no sean un Estado ni una formación supranacional». Es aquí, con la creación de la CEI, donde encontramos la primera división relevante, puesto que solo once de las quince repúblicas que surgieron de la disolución soviética firmaron el Protocolo de Alma Ata, por el cual se adscribían a esta nueva organización.

Lituania, Letonia y Estonia —los países bálticos— declararon su falta de interés en formar parte de esta nueva organización internacional con base en la visión de que su pertenencia a la esfera soviética se debía tan solo a una ocupación ilegítima del territorio a partir de 1940. Esto marcó desde un primer momento una política diferenciada al del resto de las repúblicas postsoviéticas que llevaría a estos países a buscar una rápida incorporación al bloque europeo occidental. Por otro lado, Georgia también se mantendría al margen de la CEI, aunque tan solo hasta 1993, momento en el que aceptó entrar a formar parte de la organización de la mano de los acuerdos firmados en torno al fin del conflicto separatista de Abjasia.

Es en este periodo inicial de disolución y reformación cuando surgió en Rusia el concepto de *ближнее зарубежье* (*blizhnee zarubezhe*), que podría traducirse como «territorio extranjero cercano», «vecindario cercano» o incluso «periferia cercana». Y, en cierto modo, la existencia del mismo ayuda a comprender la política de la recién formada Federación Rusa hacia su vecindario, puesto que, en esta etapa, estaban en la periferia de las preocupaciones del Kremlin.